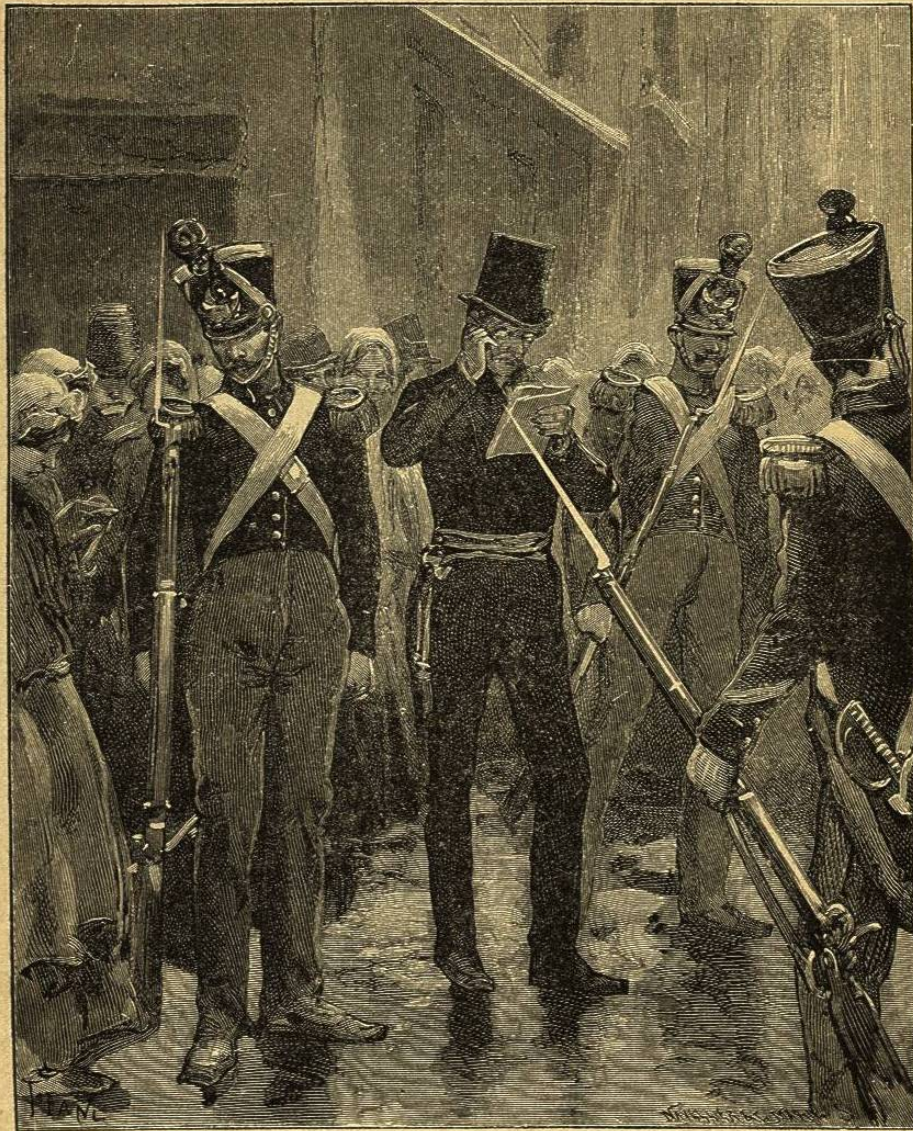


Pipelet, se dejó caer en el asiento y levantó las manos al cielo. Alegría salió precipitadamente del cuarto, faltándole ya las fuerzas para contener la risa que la ahogaba. El mismo Rodolfo se había conservado serio con la mayor dificultad.



Y poco después resonaron algunos fusiles.

Oyóse en esto hacia la puerta de la calle el ruido confuso de un remolino popular: creció este ruido hasta convertirse en una especie de tumulto, y poco después resonaron algunos fusiles en el umbral de la puerta.

VIII

LA PRISIÓN

— ¡Dios mío! señor Rodolfo: dijo en alta voz Alegría, que volvió corriendo pálida y temblando como una azogada — ¡ahí está un comisario de policía con tropa!

— ¡La justicia divina me defiende! — exclamó el señor Pipelet; — vienen á prender á Cabrión; ¡pero es tarde ya por desgracia!...

Un comisario de policía, con faja ceñida sobre el traje negro, que es el distintivo de su clase, entró en la portería. Su semblante era grave y lleno de dignidad.

— Señor comisario, es demasiado tarde... el malhechor ha huído ya, — dijo el señor Pipelet; — pero os daré su filiación... Sonrisa atroz... mirar impudente... modales... bárbaros.

— ¿De quién me habláis? — preguntó el magistrado.

— De Cabrión, señor comisario... y si no os descuidáis, acaso podréis atraparlo — repuso Mr. Pipelet.

— No sé quién es ese Cabrión — dijo con impaciencia el magistrado. — ¿Vive en esta casa un lapidario llamado Jerónimo Morel?

— Sí, señor — dijo madama Pipelet cuadrándose como un soldado.

— Llévame á su habitación.

— ¡De Morel el lapidario! — repuso la portera con asombro: — pero ese hombre es un manso cordero, es un desdichado... es incapaz de...

— ¿Vive aquí Jerónimo Morel, ó no vive?

— Aquí vive, señor comisario, con su familia, en un desván.

— Pues conducidme al desván.

Y dirigiéndose luego el magistrado á un hombre que le acompañaba, le dijo:

— Que esperen abajo los dos guardias municipales y que guarden la entrada. Enviad á Justino por un coche.

El hombre salió para ejecutar la orden.

— Ahora — continuó el magistrado dirigiéndose á Mr. Pipelet — conducidme á la habitación de Morel.

— Si lo lleváis á bien, señor comisario, yo iré en lugar de Alfredo: se halla algo indisposto de resultas de lo ocurrido con Cabrión, que se le indigesta como el repollo.

— Ó vos ó vuestro marido, es igual; ¡vamos pronto!...

Y empezó á subir la escalera precedido de madama Pipelet; mas se detuvo luego al ver que lo seguían Rodolfo y Alegría.

— ¿Quiénes sois? ¿qué queréis? — les preguntó.

— Son los dos inquilinos del cuarto piso — repuso madama Pipelet.

— Perdonad, caballero; ignoraba que fueseis de la casa — dijo á Rodolfo.

Éste, confiado en los finos modales del comisario, le repuso:

— Vais á ver una familia que está en la última miseria: no sé que nuevo desastre amenaza á ese infeliz artesano... Esta noche murió una de sus hijas al cabo de una larga enfermedad... murió delante de él... de frío y de miseria.

— ¡Será posible!

— Es la pura verdad, señor comisario — dijo madama Pipelet. Á no ser por el señor que os habla, y que es el rey de los inquilinos, porque con su generosidad ha salvado de la cárcel al pobre Morel, toda la familia del lapidario se moriría de hambre.

Miró el comisario á Rodolfo con interés y con sorpresa.

— Sí — repuso éste, — una persona muy caritativa, sabiendo que Morel, de cuya honradez y probidad os respondo, se hallaba en una situación tan deplorable como poco merecida, me ha encargado de pagar una deuda por la cual unos alguaciles querían llevar á la cárcel á ese pobre artesano, que es el único amparo de su numerosa familia.

El comisario, prendado de la fisonomía noble de Rodolfo y de la dignidad de sus modales, le respondió:

— No dudo de la probidad de Morel; pero siento tener que cumplir un penoso deber delante de vos, caballero, que tanto os interesáis por esa familia.

— ¿Qué queréis decir?

— Según el servicio que habéis hecho á la familia de Morel y según vuestro lenguaje, veo, caballero, que sois un excelente sujeto: y como no tengo ningún motivo para ocultar el objeto de mi misión, os confesaré que tengo que proceder al arresto de Luisa Morel, hija del lapidario.

Rodolfo se acordó al oír esto del paquete de oro que Luisa había dado á los guardas del comercio.

— ¿Pero de qué acusan á esa joven?

— De haber cometido un infanticidio.

— ¡Ella! ¡Luisa!... ¡Oh! ¡pobre padre!

— Según lo que me habéis dicho, conozco que en la triste situación en que se halla ese artesano, este golpe debe ser muy amargo para él; mas por desgracia tengo que obedecer las órdenes que he recibido.

— ¿Pero sólo se trata de una sospecha! — exclamó Rodolfo. — ¿Hay alguna prueba contra ella?

— No puedo decir más... La justicia se ha hecho cargo de la indagación de

este crimen, ó más bien de esta presunción, por efecto de la declaración de un hombre respetable... del mismo dueño de Luisa Morel.

— ¿Del notario Jaime Ferrán? — dijo Rodolfo con indignación.

— Sí, señor...

— ¡Mr. Jaime Ferrán es un infame, señor comisario!

— Siento mucho que no conozcáis á la persona de quien estáis hablando: el señor Jaime Ferrán es el hombre más honrado del mundo, y su probidad es indiscutible.

— Os repito que ese notario es un miserable, un infame... Ha intentado prender á Morel porque su hija no quiso sucumbir á sus inicuas proposiciones; y si sólo se persigue á Luisa por la denuncia de ese hombre... confesad que la presunción merece poco crédito.

— Ni es de mi incumbencia, caballero, ni me conviene discutir el valor de la declaración del señor Ferrán — repuso con frialdad el magistrado. — La justicia entiende en este asunto, y los tribunales decidirán: en cuanto á mí, tengo orden de asegurar la persona de Luisa Morel, y cumpliré con mi deber.

— Tenéis razón, señor comisario, y siento que un movimiento de indignación, acaso legítima, me haya hecho olvidar que no era éste el sitio ni el momento de promover una discusión semejante. Permitidme una sola palabra: el cadáver de la niña que ha perdido Morel está todavía en el desván, y he ofrecido mi cuarto á la familia para librarla de tan doloroso espectáculo. En mi cuarto pues hallaréis al lapidario, y probablemente á su hija. Os ruego en nombre de la humanidad que no prendáis á Luisa á vista de esos desgraciados, que apenas acaban de librarse de una suerte espantosa. Morel ha experimentado esta noche tan horribles conmociones, que su razón no resistiría ese golpe, del cual no se salvaría la vida de su mujer, cuya salud se halla en el mayor peligro.

— He guardado siempre las consideraciones posibles al ejecutar las órdenes que recibo, y no obraré de distinto modo en esta ocasión.

— Permitidme que os pida un favor: la joven que os sigue ocupa un cuarto inmediato al mío, no dudo que lo pondrá á vuestra disposición. Podréis, si lo lleváis á bien, llamar á él á Luisa y luego á Morel para que su hija se despida á lo menos... De este modo evitaréis una escena dolorosa á esa desgraciada madre enferma.

— Si podéis arreglarlo de ese modo, caballero, por mí no hay dificultad.

Mientras que el comisario y Rodolfo hablaron esto á media voz, Alegría y madama Pipelet se mantuvieron á alguna distancia de los dos interlocutores: Rodolfo bajó á donde estaba la modista que temblaba como una azogada á la vista del comisario, y dijo:

— Vecina, quisiera pedir os otro servicio: ¿podrías cedernos vuestro cuarto por una hora?

— Por el tiempo que gustéis, señor Rodolfo... La llave ya la tenéis. Pero, ¡Dios mío! ¿que es lo que pasa aquí?

— Luego lo sabréis... Además, sería necesario volver al Templo para avisar que no traigan lo que se ha comprado hasta de aquí á una hora.

— Yo misma iré, señor Rodolfo... Pero decidme por Dios si vuelve á suceder alguna desgracia á Morel.

— Y muy grande : ¡ ah ! demasiado pronto lo sabréis.

— Voy corriendo al Templo, vecino... ¡ Dios mío ! procurad salvar á esos infelices... — dijo Alegría, y bajó rápidamente la escalera.

Rodolfo quería evitar el que Alegría presenciase el arresto de Luisa.

— Mi comisario — dijo madama Pipelet — ya que os va guiando mi rey de los inquilinos, me bajo á ver á Alfredo. Tengo el ánimo muy inquieto, porque no hace más que un momento que se repuso de la indisposición de Cabrión.

— Podéis marcharos — repuso el comisario ; y se quedó solo con Rodolfo.

Llegaron ambos al descanso del cuarto piso, que estaba en frente del cuarto en donde se había instalado provisionalmente el lapidario con su familia.

Abrióse de repente la puerta.

Luisa salió con precipitación, pálida y llorosa.

— ¡ Adiós ! ¡ adiós ! padre mío — exclamó : — tengo que marcharme sin remedio ; ya volveré.

— ¡ Luisa, hija mía, escucha ! — repuso Morel siguiendo á su hija y procurando detenerla.

Quedaron inmóviles Luisa y el lapidario al ver al comisario y á Rodolfo.

— ¡ Ah ! señor, ¡ nuestro bienhechor ! — dijo el artesano al reconocer á Rodolfo — ayudadme á detener á mi hija. Yo no sé lo que tiene, pero me da miedo verla, y quiere marcharse... ¿ No me habéis dicho, señor, no me habéis dicho que no volvería á la casa de su amo ? ¿ No es verdad que me dijisteis : « Luisa no saldrá de vuestro lado : Luisa será vuestra recompensa ? » ¡ Oh ! al oír esta promesa, confieso que he olvidado por un momento la muerte de mi pobre hija... Pero no quiero separarme de ti, Luisa... ¡ nunca ! ¡ no quiero !

Rodolfo se conmovió de tal manera, que no tuvo espíritu para responder una sola palabra.

El comisario dijo con severidad á Luisa :

— ¿ Os llamáis Luisa Morel ?

— Sí señor — repuso la joven sobrecogida.

Rodolfo había abierto el cuarto de Alegría.

— ¿ Sois vos Jerónimo Morel, su padre ? — añadió el magistrado dirigiéndose al lapidario.

— Sí, señor... pero...

— Entrad en ese cuarto con vuestra hija.

Y el magistrado señaló hacia el cuarto de la costurera, en el cual se hallaba ya Rodolfo. Animados por la presencia de éste el lapidario y Luisa, llenos de turbación y de asombro, obedecieron al comisario, el cual cerró la puerta y dijo á Morel con voz algo alterada :

— Ya sé que sois honrado y desgraciado ; y por lo mismo siento tener que deciros en nombre de la ley... que vengo á prender á vuestra hija.

— ¡ Todo se sabe ya... estoy perdida ! — exclamó Luisa aterrada, y se arrojó á los brazos de su padre.

— ¿ Qué dices?... ¿ qué es lo que dices tú?... — repuso Morel asombrado. — ¿ Estás loca?... ¿ por qué estás perdida?... — ¿ Por qué te detienen?... ¡ prenderte !... ¿ y quién ?

— ¡ Yo... en nombre de la ley ! — y el comisario enseñó la faja.

— ¡ Ay de mí !... ¡ desgraciada de mí !... — exclamó Luisa dejándose caer de rodillas.

— ¡ Cómo... en nombre de la ley ! — dijo el artesano, cuya razón alterada por este nuevo golpe empezaba á desvanecerse : — ¿ por qué prender á mi hija en nombre de la ley ? ¡ Yo respondo de mi hija, yo ! es mi hija, mi querida hija... ¿ verdad, Luisa ? ¡ Cómo ! ¡ prenderte cuando el ángel de nuestra guarda te nos ha restituido para consolarnos de la pérdida de nuestra Adelita ! No, no puede ser... Y luego, señor comisario, hablando con el respeto debido, no se debe prender sino á las desastradas... y Luisa, mi hija, no es una desastrada... No hay duda que se equivoca este señor, hija mía... Yo es verdad que me llamo Morel ; pero hay más que un Morel en el mundo... y tú te llamas Luisa ; pero hay también muchas Luisas... Señor comisario, no hay duda ninguna, os equivocáis, estáis engañado...

— ¡ No me engaño, no, por desgracia !... Luisa Morel, despedios de vuestro padre.

— ¡ Con que queréis llevaros á mi hija !... — exclamó el artesano furioso de dolor y adelantándose hacia el magistrado.

Rodolfo asió al lapidario del brazo, y le dijo :

— Sosegaos, Morel, esperad ; Luisa volverá á vuestro lado... luego que resulte probada su inocencia ; porque sin duda no es culpable.

— ¿ Culpable de qué ?... de nada puede ser culpable... metería mi mano en el fuego por ella. — Mas acordándose del oro que Luisa había traído para pagar la obligación, exclamó : — ¡ Pero aquel oro !... ¡ aquel oro de esta mañana, Luisa !

Y dirigió á su hija una mirada terrible.

Luisa comprendió esta mirada.

— ¡ Yo robar ! — exclamó ; y su padre se serenó al oír su acento y al ver su ademán, y su rostro encendido de indignación.

— ¡ Ya lo sabía yo! — dijo en alta voz. — Ya lo veis, señor comisario... como niega... y os juro que en su vida ha dicho una mentira. Preguntádselo sino á los que la conocen, y os dirán lo mismo que yo... ¡ Mentir ella! ¡ Dios nos libre!... tiene mucho orgullo para mentir; y además la deuda ha sido pagada por nuestro bienhechor... Y el oro que trajo va á devolverlo ahora mismo á la persona que se lo había prestado, y que le ha prohibido descubrir su nombre... ¿no es verdad, Luisa?

— No es de ningún robo de lo que se acusa á vuestra hija — repuso el magistrado.

— Pero entonces, Dios mío ¿de qué pueden acusarla? Yo soy su padre, y os juro que está inocente de toda culpa... y os juro que en mi vida he mentido.

— ¿Para qué queréis saber la culpa de que acusan á vuestra hija? — dijo Rodolfo conmovido por el dolor del infeliz lapidario: — se probará su inocencia, y estad seguro de que la persona que tanto se interesa por vos, protegerá también á vuestra hija... No os aflijáis, animaos, que tampoco os dejará de su mano la Providencia en esta ocasión. Abrazad á vuestra hija y dejadla marchar, que luego volveréis á verla.

— ¡ Señor comisario! — exclamó Morel sin escuchar á Rodolfo — no es cosa de arrancar á una hija del poder de su padre sin decirle á lo menos el motivo. Yo quiero saber lo que hay en esto... ¿Luisa, acabarás de hablar?

— Se acusa á vuestra hija de... un infanticidio... — dijo el magistrado.

— Yo... pero... no entiendo... vos, señor...

Y Morel profirió aterrado y balbuciente algunas palabras sin conexión.

— Vuestra hija está acusada de haber dado muerto á su hijo — repuso otra vez el comisario profundamente conmovido por esta dolorosa escena. — Pero no se ha probado aún ese crimen.

— ¡ Oh! no, señor... no es verdad... — exclamó Luisa con vehemencia y poniéndose en pie. — ¡ Os juro que estaba muerto! que no respiraba... estaba helado... perdí la cabeza y no sé lo que me ha pasado... ahí está todo mi delito... ¡ Pero matar á mi hijo!... ¡ oh! eso no... ¡ nunca!...

— ¡ Tu hijo... miserable!!! — gritó Morel levantando ambas manos sobre Luisa, como si quisiera anonadarla con este ademán y con esta terrible imprecación.

— ¡ Piedad! ¡ piedad, padre... mío — exclamó.

Al cabo de un momento de espantoso silencio, Morel continuó con una calma más terrible todavía:

— Señor comisario, llevaos á esa criatura infame... esa no es mi hija.

El lapidario quiso salir; pero Luisa se echó de rodillas á sus pies, y se abrazó á él con la cabeza caída hacia atrás, desatentada y loca.

— ¡ Oidla siquiera! — dijo Rodolfo deteniéndole — no seáis inhumano.

— ¡ Ella!!! ¡ Dios mío! ¡ Dios mío!... ¡ Ella... deshonrada!! — repitió Morel llevando ambas manos á la frente. — ¡ Oh! qué infamia!... ¡ qué infame!

— ¿ Y si se ha deshonrado por salvaros!... — le dijo en voz baja Rodolfo.

Estas palabras causaron en Morel el efecto del rayo: miró á su hija que seguía arrodillada á sus pies, é interrogándola con una mirada imposible de pintar, dijo con voz sofocada y los dientes cerrados por el furor;

— ¿ El notario?

Asomóse una respuesta á los labios de Luisa... Iba á prorrumpir; mas conteniéndola sin duda una reflexión, bajó la cabeza y permaneció en silencio.

— Pero no, no puede ser... quería prenderme esta mañana — dijo Morel — entonces no es él... ¡ Oh! ¡ mejor! ¡ entonces mejor!... ¡ entonces ella no tiene disculpa para su delito!... ¡ entonces yo no he contribuido á su deshonra, y podré maldecirla sin remordimiento!...

— ¡ No! ¡ no! ¡ no me maldigáis!... todo os lo diré... pero á vos solo... y veréis... veréis si merezco vuestro perdón...

— ¡ Escuchadla por piedad! — le dijo Rodolfo.

— ¿ Y qué me dirá? ¿ su infamia?... demasiado pública va á ser; la sabré cuando la sepan todos...

— ¡ Señor! — exclamó Luisa al magistrado — por amor de Dios, dejadme hablar dos palabras con mi padre... antes de separarnos, acaso para siempre... y también delante de vos hablaré, nuestro bienhechor... pero sólo delante de vos y de mi padre...

— Podéis hablar — dijo el magistrado.

— ¿ Y seréis tan insensible que rehuséis este último consuelo á vuestra hija? — preguntó Rodolfo á Morel. — Si creéis que os merezco alguna gratitud por los beneficios que os he proporcionado... acceded á los ruegos de vuestra hija...

Después de un momento de irritado y sombrío silencio, Morel respondió:

— ¡ Pues vamos!...

— ¿ Pero... adónde hemos de ir?... — preguntó Rodolfo — vuestra familia está separada de nosotros tan sólo por un tabique...

— ¿ Adónde iremos? — exclamó el lapidario con amarga ironía; — ¿ adónde iremos?... allá arriba... al desván... junto al cuerpo de mi hija... aquel sitio es muy á propósito para su confesión, ¿ no os parece? ¡ Vamos! ¡ vamos á ver si Luisa se atreve á mentir delante del cadáver de su hermana!...

El lapidario salió precipitadamente, fuera de sí y sin mirar á Luisa.

— Caballero — dijo en voz baja á Rodolfo el comisario — os ruego que no alarguéis mucho la conversación por el bien de ese infeliz... Teníais razón en decir que no resistiría este golpe... hace un momento que sus miradas parecían las de un loco...

— ¡ Ah! temo como vos otra desgracia: abreviaré lo posible esta despedida dolorosa.

Y Rodolfo corrió á reunirse con el lapidario y con su hija.